

ella así... á cañonazos, para que se enterase todo el mundo.

—¿Se acuerdan Vds. del paseo de Viernes Santo? —preguntaba el barón.

—Sí, comparen Vds.... ¡Quién lo diría!...

—Yo lo diría—exclamaba la Marquesa.—Á mi ya me dió mala espina aquella desfachatez... Aquello de ir enseñando los piés descalzos... *Malorum signum*.

—Sí, *malorum signum*—repetía la baronesa, como si dijera: *et cum spiritu tuo*.

—Y sobre todo el escándalo!—añadía doña Rufina indignada, después de una pausa.

—El escándalo!—repetía el coro.

—La imprudencia, la torpeza!

—Eso! Eso!

—Pobre don Víctor!

—Sí, pobre, y Dios le haya perdonado... pero él, merecido se lo tenía.

—Merecidísimo.

—Miren Vds. que aquella amistad tan íntima...

—Era escandalosa...

—Aquello era...

—Nauseabundo!

Esto lo dijo el marqués de Vegallana, que tenía en la aldea todos sus hijos ilegítimos.

Obdulia asistía á tales conversaciones como á un triunfo de su fama.

Ella no había dado nunca escándalos por el estilo. Toda Vetusta sabía quién era Obdulia... pero ella no había dado ningún escándalo.

Sí, sí, el escándalo era lo peor, aquel duelo funesto también era una complicación. Mesía había huído y vivía en Madrid... Ya se hablaba de sus amores *reanudados* con la *Ministra* de Palomares... Vetusta había perdido dos de sus personajes más importantes... por culpa de Ana y su torpeza.

Y se la castigó rompiendo con ella toda clase de relaciones. No fué á verla nadie. Ni siquiera el Marquésito, á quien se le había pasado por las mientes recoger aquella herencia de Mesía.

La fórmula de aquel rompimiento, de aquel cordón sanitario fué esta:

—¡Es necesario aislarla... Nada, nada de trato con la *hija de la bailarina italiana!*

El honor de haber resucitado esta frase perteneció á la baronesa de la Barcaza.

Si Ripamilán hubiera podido salir de su casa, no hubiera respetado aquel acuerdo cruel del *gran mundo*. Pero el pobre don Cayetano había caído en su lecho para no levantarse. Allí vivió, siempre contento, dos años más.

Acabó su peregrinación en la tierra cantando y recitando versos de Villegas.

La Regenta no tuvo que cerrar la puerta del caserón á nadie, como se había prometido, porque nadie vino á verla. Se supo que estaba muy mala, y los más caritativos se contentaron con preguntar á los criados y á Benítez cómo iba la enferma, á quien solían llamar *esa desgraciada*.

Ana prefería aquella soledad; ella la hubiera exigido si no se hubiera adelantado Vetusta á sus deseos. Pero cuando, ya convaleciente, volvió á pensar en el mundo que la rodeaba, en los años futuros, sintió el hielo ambiente y saboreó la amargura de aquella maldad universal. «¡Todos la abandonaban! Lo merecía, pero... de todas maneras ¡qué malvados eran todos aquellos vetustenses que ella había despreciado siempre, hasta cuando la adulaban y mimaban!»

La viuda de Quintanar resolvió seguir hasta donde pudiera los consejos de Benítez. Pensaba lo menos posible en sus remordimientos, en su soledad, en el porvenir triste, monótono en su negrura.

En cuanto se lo permitió la fortaleza del cuerpo redivivo trabajó en obras de aguja, y se empeñó, con voluntad de hierro, en encontrarle gracia al punto de crochet y al de media.

Aborreceda los libros, fuesen los que fuesen; todo ratiocinio la llevaba á pensar en sus desgracias; el caso era no discurrir. Y á ratos lo conseguía. Entonces se le figuraba que lo mejor de su alma se dormía, mientras quedaba en ella despierto el espíritu suficiente para ser tan mujer como tantas otras.

Llegó á explicarse aquellas tardes eternas que pasaba Anselmo en el patio, sentado en cuclillas y acariciando al gato. Callar, vivir, sin hacer más que sentirse bien y dejar pasar las horas, esto era algo, tal vez lo mejor. Por allí debía de irse á la muerte... Y Ana iba sin miedo. El morir no la asustaba; lo que quería era morir sin desvanecerse en aquellas locuras de la debilidad de su cerebro...

Cuando Benítez la sorprendía en estas horas de calma triste y muda, le preguntaba Ana con una sonrisa de moribunda:

—¿Está Vd. contento?

Y con otra sonrisa fría, triste, contestaba el médico:

—Bien, Ana, bien... Me agrada que sea Vd. obediente...

Pero cuando se quedaban solos Benítez y Crespo, el doctor decía:

—No me gusta Ana...

—Pues yo la veo muy tranquila á ratos...

—Sí, pues por eso... no me gusta. Hay que obligarla á distraerse.

Y Frígilis se propuso conseguir que se distrajera.

Y por eso la rogaba que saliese con él á paseo cuando llegó aquel Mayo risueño, seco, templado, sin nubes, pocas veces gozado en Vetusta.

Pero como no consiguió nada, como Anita le pedía

con las manos en cruz que la dejaran en paz, tranquila en su caserón, Crespo resolvió divertir á su pobre amiga en su misma casa.

«¡Si él pudiera hacer que se aficionara á los árboles y á las flores!»

Por ensayar nada se perdía. Ensayó.

Ana, por complacerle, le escuchaba con los ojos fijos en él, sonriente, y bajaba al Parque cuando se trataba de lecciones prácticas. Frígilis llegó á entusiasmarse, y una tarde contó la historia de su gran triunfo, la aclimatación del *Eucalyptus globulus* en la región vetustense.

Durante la enfermedad de su amiga, don Tomás Crespo, desconfiando del celo de Anselmo y de Servanda, y sin pedir permiso á nadie, se instaló en el caserón de los Ozores. Trasladó su lecho de la posada en que vivía desde el año sesenta, á los bajos del caserón. El tocador y la alcoba de Ana estaban encima del cuarto que escogió Frígilis. Allí, con el menor aparato posible, sin molestar á nadie se instaló para velar á la Regenta y acudir al menor peligro.

Comía y cenaba en la posada, pero dormía en el caserón.

Esto no lo supo Anita hasta que, ya convaleciente, se quejó un día de aquella soledad. Confesó que de noche tenía á veces miedo. Y poniéndose como un tomate el buen Frígilis advirtió tímidamente que hacía más de mes y medio él se había tomado la libertad de venirse á dormir debajo de la Regenta. Los criados tenían orden de no decírselo á la señora.

Desde que esto supo Ana se creyó menos sola en sus noches tristes. Roto el secreto, Frígilis tosía fuerte abajo á propósito, para que le oyera Ana, como diciendo: «No temas, estoy yo aquí.»

Pero como la malicia lo sabe todo, también supo esto Vetusta. Se dijo que Frígilis se había metido á

vivir de pupilo en casa de la Regenta, en el caserón nobilísimo de los Ozores.

Y decían unos:

—Será una obra de caridad. La pobre estará mal de recursos y con la ayuda de Frigilis... podrá ir tirando.

Y el *gran mundo* echaba por los dedos la cuenta de lo que le habría quedado á Anita. «No debía de haberle quedado nada.»

—Ella rentas no las tiene.

—Las de su marido, las de don Víctor allá en Aragón, no le pertenecen.

—La viudedad no la habrá pedido...

—Sería ignominioso!...

—Ya lo creo! Reclamar la viudedad... ella... causa de la muerte del digno magistrado!

—Sería indigno.

—Indigno.

—Y ya no está bien que viva en el caserón de los Ozores.

—Claro, porque aunque se lo regaló su esposo, según dicen, él fué quien se lo compró á las tías de Ana, y no con bienes gananciales, sino vendiendo tierras en la Almunia.

—Sea como sea, ella no debía vivir en esa casa.

—De modo que no se sabe de qué vive.

—Vivirá de eso. De mantener en su casa á Frigilis, que pagará bien.

—Eso sí, porque él es un chiflado, que no tiene escrúpulos... pero es bueno.

—Bueno... relativamente—decía el Marqués, que con la gota que le empezaba á molestar iba echando una moralidad severa y un humor negro como un carbón.

Y recordando aquel gerundio que tanto efecto había hecho en otra ocasión, resumía diciendo:

—De todas maneras, eso de vivir bajo el mismo techo que cobija á la viuda infiel de su mejor amigo es... es nauseabundo!

Y nadie se atrevía á negarlo.

Todos aquellos escrúpulos que tenía la tertulia de los Vegallana, habían atormentado también á la Regenta. En cuanto se sintió bastante fuerte para salir á la huerta, se atrevió á decir á Frigilis lo que la atormentaba tiempo atrás.

—Yo... quisiera salir de esta casa... Esta casa... en rigor... no es mía... Es de los herederos de Víctor, de su hermana doña Paquita, que tiene hijos... y...

Frigilis se puso furioso. ¡Cómo se entiende! Todo lo había arreglado él ya. Había escrito á Zaragoza y la doña Paquita se había contentado con lo de la Almunia. «Bastante era. El caserón era de Ana legalmente y moralmente.»

Ana cedió porque no tenía ya energía para contrariar una voluntad fuerte.

Con más ahínco se negó á firmar los documentos que Frigilis le presentó, cuando se propuso pedir la viudedad que correspondía á la Regenta.

—¡Eso no, eso no, don Tomás; primero morir de hambre!

Y en efecto, sí, el hambre, una pobreza triste y molesta amenazaba á la viuda si no solicitaba sus derechos pasivos.

Ana dijo que prefería reclamar la orfandad que le pertenecía como hija de militar.

—Échele Vd. un galgo... Si eso no valdrá nada... Y no sé si podríamos...

Y Frigilis, no sin ponerse colorado al hacerlo, falsificó la firma de Ana, y después de algunos meses le presentó la primera paga de viuda.

Y era tal la necesidad, tan imposible que por otro camino tuviera ella lo suficiente para vivir, que la Re-

genta, después de llorar y rehusar cien veces, aceptó el dinero triste de la viudez y en adelante firmó ella los documentos.

Benítez y Frígilis veían en esto síntomas tristes. «Aquella voluntad se moría, pensaba Crespo; en otro tiempo Ana hubiera preferido pedir limosna... Ahora cede... por no luchar.»

Y se le caían las lágrimas.

«Si yo fuera rico... pero es uno tan pobre...»

«Y, añadía, por supuesto, cobrar esos cuatro cuartos no es vergonzoso... á ella se lo parece... pero no lo es... Ese dinero es suyo.»

Así vivía Ana.

Benítez, desde que desapareció el peligro inminente, visitó menos á la viuda.

Servanda y Anselmo eran fieles, tal vez tenían cariño al ama, pero eran incapaces de mostrarlo. Obedecían y servían como sombras. Le hacía más compañía el gato que ellos.

Frígilis era el amigo constante, el compañero de sus tristezas.

Hablaba poco.

Pero á ella la consolaba el pensar: «está Crespo ahí.»

Paso á paso volvía la salud á enseñorearse del cuerpo siempre hermoso de Ana Ozores.

Y con algo de remordimiento de conciencia, sentía de nuevo apego á la vida, deseo de actividad. Llegó un día en que ya no le bastó vegetar al lado de Frígilis, viéndole sembrar y plantar en la huerta y oyendo sus apologías del Eucaliptus.

Se había prometido no salir de casa, y la casa empezaba á parecerle una cárcel demasiado estrecha.

Una mañana despertó pensando que aquel año *no había cumplido* con la Iglesia. Además, ya podía salir de su caserón triste para ir a misa. Sí, iría á misa en adelante, muy temprano, muy tapada, con velo espe-

so, á la capilla de la Victoria que estaba allí cerca.

Y también iría á confesar.

Sin tener fe ni dejar de tenerla, acostumbrada ya á no pensar en aquellas *grandes cosas* que la volvían loca, Anita Ozores volvió á las prácticas religiosas, jurándose á sí misma no dejarse vencer ya jamás por aquel *misticismo falso* que era su vergüenza. «La visión de Dios... Santa Teresa... Todo aquello había pasado para no volver... Ya no le atormentaba el terror del infierno, aunque se creía perdida por su pecado, pero tampoco la consolaban aquellos estallidos de amor ideal que en otro tiempo le daban la evidencia de lo sobrenatural y divino.»

Ahora nada; huir del dolor y del pensamiento. Pero aquella piedad mecánica, aquel rezar y oír misa como las demás le parecía bien, le parecía la religión compatible con el marasmo de su alma. Y además, sin darse cuenta de ello, la *religión vulgar* (que así la llamaba para sus adentros), le daba un pretexto para faltar á su promesa de no salir jamás de casa.

Llegó Octubre, y una tarde en que soplabá el viento sur perezoso y caliente, Ana salió del caserón de los Ozores y con el velo tupido sobre el rostro, toda de negro, entró en la catedral solitaria y silenciosa. Ya había terminado el coro.

Algunos canónigos y beneficiados ocupaban sus respectivos confesonarios esparcidos por las capillas laterales y en los intercolumnios del ábside, en el trasaltar.

¡Cuánto tiempo hacía que ella no entraba allí!

Como quien vuelve á la patria, Ana sintió lágrimas de ternura en los ojos. ¡Pero qué triste era lo que la decía el templo hablando con bóvedas, pilares, cristalerías, naves, capillas... hablando con todo lo que contenía á los recuerdos de la Regenta...

Aquel olor singular de la catedral, que no se parecía á ningún otro, olor fresco y de una voluptuosidad in-

tima, le llegaba al alma, le parecía música sorda que penetraba en el corazón sin pasar por los oídos.

« ¡Ay si renaciera la fe ! ¡ Si ella pudiese llorar como una Magdalena á los piés de Jesús ! »

Y por la vez primera, después de tanto tiempo, sintió dentro de la cabeza aquel estallido que le parecía siempre voz sobrenatural, sintió en sus entrañas aquella ascensión de la ternura que subía hasta la garganta y producía un amago de estrangulación deliciosa... Salieron lágrimas á los ojos, y sin pensar más, Ana entró en la capilla oscura donde tantas veces el Magistral le había hablado del cielo y del amor de las almas.

« ¿ Quién la había traído allí ? No lo sabía. Iba á confesar con cualquiera y sin saber cómo se encontraba á dos pasos del confesonario de aquel hermano mayor del alma, á quien había calumniado el mundo por culpa de ella y á quien ella misma, aconsejada por los sofismas de la pasión grosera que la había tenido ciega, había calumniado también pensando que aquel cariño del sacerdote era amor brutal, amor como el de Alvaro, el infame, cuando tal vez era puro afecto que ella no había comprendido por culpa de la propia torpeza. »

« Volver á aquella amistad ¿ era un sueño ? El impulso que la había arrojado dentro de la capilla ¿ era voz de lo alto ó capricho del histerismo, de aquella maldita enfermedad que á veces era lo más íntimo de su deseo y de su pensamiento, ella misma ? Ana pidió de todo corazón á Dios, á quien claramente creía ver en tal instante, le pidió que fuera voz Suya aquella, que el Magistral fuera el hermano del alma en quien tanto tiempo había creído y no el solicitante lascivo que le había pintado Mesía el infame.

Ana oró, con fervor, como en los días de su piedad exaltada; creyó posible volver á la fe y al amor de Dios

y de la vida, salir del limbo de aquella somnolencia espiritual que era peor que el infierno; creyó salvarse cogida á aquella tabla de aquel cajón sagrado que tantos sueños y dolores suyos sabía...

La escasa claridad que llegaba de la nave y los destellos amarillentos y misteriosos de la lámpara de la capilla se mezclaban en el rostro anémico de aquel Jesús del altar, siempre triste y pálido, que tenía concentrada la vida de estatua en los ojos de cristal que reflejaban una idea inmóvil, eterna... Cuatro ó cinco bultos negros llenaban la capilla. En el confesonario sonaba el cuchicheo de una beata como rumor de moscas en verano vagando por el aire.

El Magistral estaba en su sitio.

Al entrar la Regenta en la capilla, la reconoció á pesar del manto. Oía distraído la cháchara de la penitente; miraba á la verja de la entrada, y de pronto aquella silueta conocida y amada, se había presentado como en un sueño. El talle, el contorno de toda la figura, la genuflexión ante el altar, otras señales que sólo él recordaba y reconocía, le gritaron como una explosión en el cerebro :

— ¡ Es Ana !

La beata de la celosia continuaba el rum rum de sus pecados. El Magistral no la oía, oía los rugidos de su pasión que vociferaban dentro.

Cuando calló la beata volvió á la realidad el clérigo, y como una máquina de echar bendiciones desató las culpas de la devota, y con la misma mano hizo señas á otra para que se acercase á la celosía vacante.

Ana había resuelto acercarse también, levantar el velo ante la red de tablillas oblicuas, y á través de aquellos agujeros pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma, y si el perdón no era posible, pedir la penitencia sin el perdón, pedir la fe perdida ó adormecida ó quebrantada, no sabía qué, pedir la fe aun-

que fuera con el terror del infierno... Quería llorar allí, donde había llorado tantas veces, unas con amargura, otras sonriendo de placer entre las lágrimas; quería encontrar al Magistral de aquellos días en que ella le juzgaba emisario de Dios, quería fe, quería caridad... y después el castigo de sus pecados, si más castigo merecía que aquella oscuridad y aquel sopor del alma...

El confesonario crugía de cuando en cuando, como si le rechinaran los huesos.

El Magistral dió otra absolución y llamó con la mano á otra beata... La capilla se iba quedando despejada. Cuatro ó cinco bultos negros, todos absueltos, fueron saliendo silenciosos, de rato en rato, y al fin quedaron solos la Regenta, sobre la tarima del altar, y el Provisor dentro del confesonario.

Ya era tarde. La catedral estaba sola. Allí dentro ya empezaba la noche.

Ana esperaba sin aliento, resuelta á acudir, la seña que la llamase á la celosía...

Pero el confesonario callaba. La mano no aparecía, ya no crugía la madera.

Jesús de talla, con los labios pálidos entreabiertos y la mirada de cristal fija, parecía dominado por el espanto, como si esperase una escena trágica inminente.

Ana, ante aquel silencio, sintió un terror extraño...

Pasaban segundos, algunos minutos muy largos, y la mano no llamaba...

La Regenta, que estaba de rodillas, se puso en pié con un valor nervioso que en las grandes crisis le acudía... y se atrevió á dar un paso hacia el confesonario.

Entonces crugió con fuerza el cajón sombrío, y brotó de su centro una figura negra, larga. Ana vió á la luz de la lámpara un rostro pálido, unos ojos que pinchaban como fuego, fijos, atónitos como los del Jesús del altar...

El Magistral extendió un brazo, dió un paso de asesino hacia la Regenta, que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo. Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba á asesinarla.

El Magistral se detuvo. Cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábale todo el cuerpo; volvió á extender los brazos hacia Ana... dió otro paso adelante... y después clavándose las uñas en el cuello, dió media vuelta, como si fuera á caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trasero, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque iba ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó á la sacristía sin caer ni vacilar siquiera.

Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido.

La catedral estaba sola. Las sombras de los pilares y de las bóvedas se iban juntando y dejaban el templo en tinieblas.

Celedonio, el acólito afeminado, alto y escuálido, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocado.

Llegó á la capilla del Magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo aprensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro á la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escudriñando en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró ver una sombra mayor que otras veces...

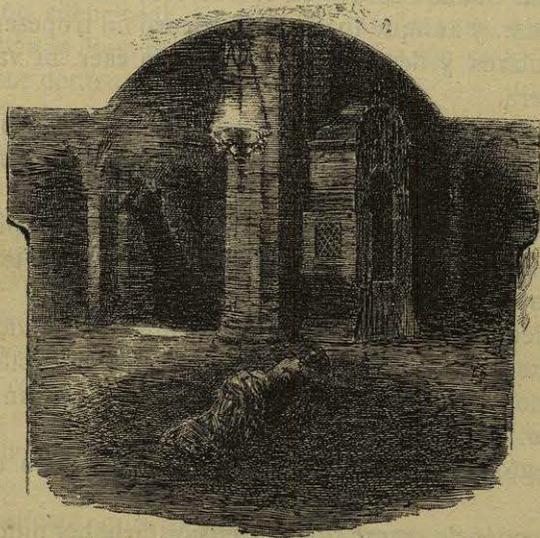
Y entonces redobló la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció á la Regenta desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia; y por gozar un placer extraño, ó por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió á la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.



Erratas de algunos ejemplares del primer tomo

<i>Dice</i>	<i>Léase</i>	<i>Página</i>	<i>Línea</i>
le	la	96	1
les	los	121	6
les	los	146	23
les	los	155	31
igual	aquel	166	34
su lado	los lados	183	4
sabía	solía	194	30
esto	eso	204	19
tomada	ganada	204	25
de	con v. de	207	30
les	las	210	18
con	un	211	4
y	ó	219	5
datos	dotes	219	13
positivos	positivas	210	13
para	por	225	12
para	por	225	13
cálculo	cubo	228	9
encontraban	encontraba	237	15
recomendaban	recomendaba	237	16
convocadas	convocados	245	10
naranjos	naranjas	246	16
sobriamente	sabiamente	247	14
que	palabras que	249	6
esto	"	249	6
continencia	antinomia	250	33
ascendía	escondía	269	1
dentro	detrás	269	5
veía	oía	269	10
firmemente	formalmente	269	14
fuerza	forma	283	1
víctima	de víctima	288	36
delante	allí	289	10
Spert	Sport	291	6
Maleschott	Moleschott	291	26
había	no había	299	11
Era	En	299	27
le	la	303	29
yo	ya	311	3
manifestarse	infestarse	314	22
todas las ideas	todos los días	314	28
ó	á	314	32
venido	reñido	315	32
les	los	318	16
Etoa	Stoa	325	26
quam	quum	337	1
el	al	339	26
les	los	340	22
el	la	341	5
tenía	temía	366	11
eso	ese	370	13

<i>Dice</i>	<i>Léase</i>	<i>Página</i>	<i>Línea</i>
en	á	373	6
alarmándole	abrumándole	399	7
cabeza	cólera	403	2
en	con	406	7
guardamallitas	guardamalletas	419	5
habrían	habían	421	17
habría	había	425	28
iba	ya	429	8
Es la	En	430	7
había	habían	432	2
íntima	íntimas	432	2
Mesía	don Víctor	432	24
le	la	435	3
penetración	puntuación	436	14
debía	debía de	439	35
escogido	acogido	440	36
cosa	casa	441	5
y	«	441	8
tenían	tienen	441	21
en	con	442	27
ya	que	442	33
variaban	bañaban	444	11
allí	allá	444	14
frentes	fuentes	445	4
á	con	445	4
distancia en	distinción con	446	22
no	«	446	32
que	que ni	457	4
cogiera	cayera	457	9
mas	es	457	27
muevo	mareo	457	31
admirado de	olvidado por	459	10
fuere	fuera	463	30
enfrascadas	enfrascados	464	14
la	su	465	32
en	á	466	21
pasado	pecado	474	28
se	«	477	34
rectificó	ratificó	480	3
correctivo	coercitivo	480	34
al	en el	492	14
á	en	496	22
te	«	496	31
podrido	perdido	497	27 y 28
atacar	ataque	502	11
parecía	sonreía	517	6
el medianil	la medianería	517	36
platónico	plutónico	518	8
partido	bando	525	24
sus	«	526	36

